

## Memoria de la represión y olvido del franquismo

Carme Molinero

Carme Molinero es profesora de Historia Contemporánea en la Universidad Autónoma de Barcelona y directora del Centre d'Estudis sobre les Èpoques Franquista i Democràtica (CEFID). Es autora, junto con Pere Ysàs, de diversos libros entre los que se cuentan *El règim franquista. Feixisme, modernització i consens (1992)* y *Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista (1998)*.

Algo está cambiando en la sensibilidad social respecto al franquismo que induce al optimismo. Así, en la actualidad parece que una parte de la sociedad española quiere escuchar lo que historiadores y testigos quieren y pueden explicar sobre la dictadura franquista y, al mismo tiempo, los medios de comunicación prestan atención a estas temáticas. ¿Es la demanda la que crea la oferta o es la oferta la que genera la demanda? Me decanto por la primera opción, aunque también es cierto que la documentación ahora accesible permite realizar novedosas aportaciones, que han estimulado el interés periodístico.

Hace unos cuantos meses, poco más de un año como mucho, para describir la situación en la que nos encontrábamos, habría argumentado que en los últimos veinte años se han realizado muchísimos estudios históricos sobre el período franquista, de gran calidad en una proporción significativa, investigaciones que han proporcionado un conocimiento riguroso sobre el régimen y sus políticas, al menos en cuanto a sus rasgos fundamentales se refiere. Sin embargo, habría añadido a continuación que, no obstante, existe una gran distancia entre los conocimientos académicos y los referentes extendidos en el conjunto de la sociedad, principalmente porque los resultados de la investigación académica no son incorporados al saber –y a la conciencia– colectiva por múltiples causas, entre las que destaca una fundamental: el necesario papel de difusión de los medios de comunicación.

En las sociedades modernas, los medios de comunicación actúan como los verdaderos intermediarios entre el conocimiento científico y los conocimientos genéricos colectivos. Es más, como recordaba recientemente Alain Touraine, en la sociedad actual lo que se reconoce como histórico depende cada vez menos de la selección hecha por los historiadores, y cada vez más de quienes controlan la difusión de las informaciones <sup>①</sup>. Esto es especialmente evidente en el caso de los jóvenes; pasan buena parte de su tiempo en las aulas, donde cursan materias como Historia y otras de carácter formativo relacionadas con la ubicación del individuo en el mundo que le rodea. Teóricamente los discursos de los media tendrían que verse contrarrestados por lo conocido a través del trabajo curricular; no obstante, con frecuencia no es así y ello es debido, en buena medida, a que la disponibilidad receptiva respecto a lo que se oye y se ve en los medios de comunicación es mayor que lo que se *aprende* en las aulas, al no mediar obligación ni evaluación.

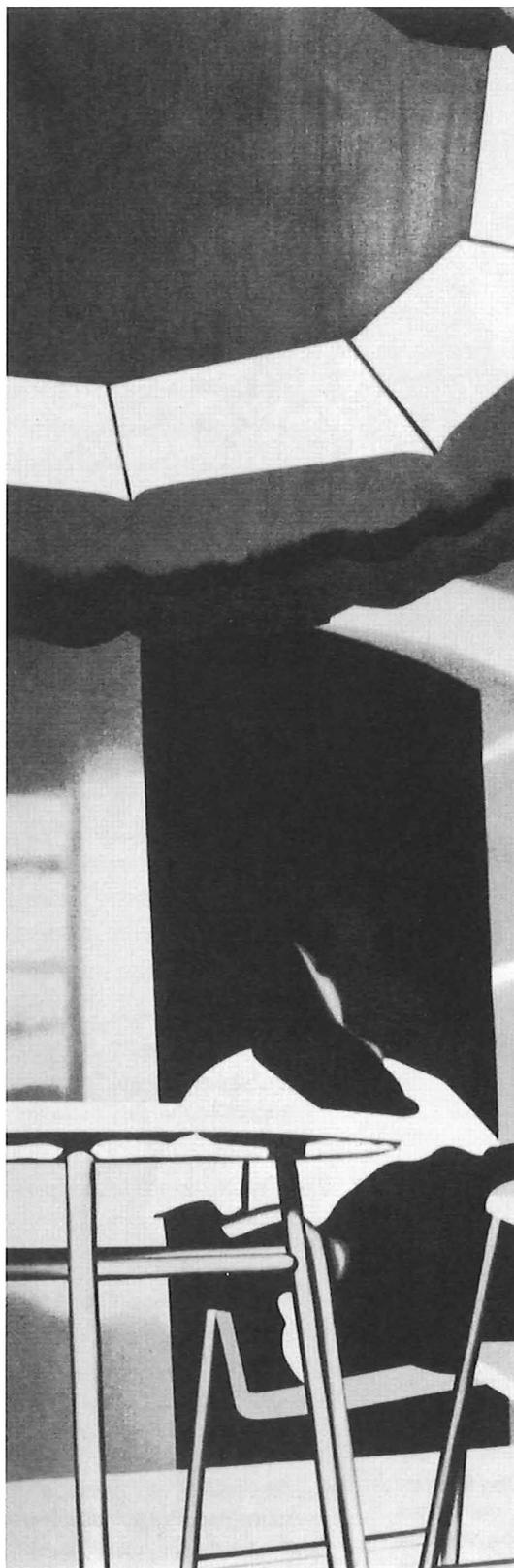
Teniendo en cuenta esa realidad, dado que en los últimos meses ha cambiado la actitud de los medios de comunicación respecto al régimen franquista, parece que la sensibilidad es mucho mayor. La prensa publica constantemente noticias sobre distintos acontecimientos y actividades relacionados con este pasado inmediato. En la radio ya no son aislados los programas que dedican atención a la experiencia de la dictadura y el mejor ejemplo de ello es el libro *Los años difíciles. El testimonio de los protagonistas anónimos de la guerra civil y la postguerra*, editado por Carlos Elordi y que recoge los textos de los oyentes del espacio *Hoy por Hoy*, enviados a la cadena SER entre septiembre de 2001 y junio de 2002. En televisión la atención es menor, pero cuando se realiza un buen programa su impacto es superior. Tal es el caso del programa *Els nens perduts del franquisme*, emitido por TV3 a

① Alain Touraine: «Memoria, historia, futuro» en Academia Universal de las Culturas, *¿Por qué recordar?*, Granica, Barcelona, 2002, pág. 200.

inicios del 2002 y posteriormente por otras cadenas; en él se trataba la terrible situación en la cárcel de los hijos de presas políticas; los testimonios explicaron, entre muchas otras cosas, el trato inhumano que recibieron madres e hijos, las causas de la altísima mortalidad en el presidio, que los niños que sobrevivieron fueron obligados a separarse de sus madres al cumplir los seis años y que, en muchos casos, fueron a parar a familias franquistas sin el consentimiento materno. Muchos televidentes quedaron horrorizados.

Ahora bien, ¿qué explica que ahora los medios de comunicación dediquen atención a estas temáticas? Pienso que el cambio de actitud de los media ha sido consecuencia de la confluencia de varios elementos; de un lado, la disponibilidad de un tipo de información que hasta hace poco no había sido rescatada. Por una parte, en los últimos años, ya es posible acceder a documentación militar, judicial y penitenciaria que está iluminando ámbitos diversos de la represión franquista, particularmente la relacionada con el coste humano de la guerra civil y la instauración de la dictadura. Por poner sólo dos ejemplos, bien distintos entre sí, esa documentación ha hecho posible que se publiquen libros como *Irredentas* de Ricard Vinyes o *Los esclavos de Franco* de Rafael Torres, que permiten acercar a un público muy amplio la crueldad y perversidad del sistema penitenciario y la explotación a que eran sometidos los presos. Por otro lado, los testigos se han decidido a hablar después de casi sesenta años de un silencio, que no era absoluto, sino que estaba interrumpido por muchas voces pero que, sin embargo y globalmente, parecía que clamaban en el desierto. Ahora han proliferado distintas iniciativas para hacer llegar esos testimonios y sus reivindicaciones a los más diversos rincones del país.

Un elemento fundamental para explicar la falta de reivindicación generalizada de la memoria de la represión franquista era justamente la memoria de la II República y de la guerra civil construida por la dictadura. Desde su origen, el régimen franquista hizo un gran esfuerzo para



Eduardo Arroyo:

*La última siesta del comisario  
Melitón Manzanas, ajusticiado  
por E.T.A. en San Sebastián, en  
agosto de 1968 (1970)*



desarrollar una política de la memoria que, esquemáticamente, consistió en demonizar primero, y hacer desaparecer después, la memoria democrática y así poder consolidar una nueva memoria colectiva afín a sus postulados políticos. Cuando, a finales de los años setenta, se pusieron los fundamentos del régimen democrático, hacía cuarenta años que en la opinión pública se iban recreando sin descanso los postulados franquistas sobre el origen de la guerra civil y las propias características del régimen. Por otra parte, después de 1977, las instituciones democráticas no tuvieron interés en desarrollar una política de la memoria propia, basada no sólo en la exaltación de los valores democráticos sino, también, en la reivindicación de aquellos que habían luchado contra el franquismo y que, con su esfuerzo, fueron una pieza esencial en la instauración de la democracia. Es decir, durante mucho tiempo, la falsa memoria recreada por el franquismo no se vio contrarrestada institucionalmente con una nueva política de la memoria sustentada en referentes democráticos pasados y presentes.

Ahora bien, aunque la memoria institucionalizada, y quizás la más extendida, respondía a la generada por el franquismo, la memoria individual de los vencidos y la de los que habían luchado contra el régimen franquista no coincidía con la memoria institucionalizada y difundida por los medios de comunicación. Durante muchos años esa memoria no se pudo expresar; después, muchos de sus depositarios pensaron que la mayoría social no tenía interés en escuchar «batallas» del pasado. Pero una vez la democracia se dio por definitivamente asentada, y teniendo en cuenta la avanzada edad de los testigos de las terribles experiencias de la guerra y de la posguerra, se ha extendido entre ellos la voluntad de «hablar» para que sus experiencias no desaparezcan con su vida. No pueden esperar más porque la existencia se les acaba y, al fin y al cabo, la memoria es uno de los pocos instrumentos que tienen las víctimas para reivindicar justicia cuando la fechoría no tiene remedio.

Por otro lado, y aunque su relevancia explicativa posiblemente sea menor, la afloración de voces que reclamaban la recuperación de la memoria histórica de la represión franquista ha sido posterior a la llegada al poder del Partido Popular, y de alguna manera está vinculada a un conflicto político latente. No me estoy refiriendo a una posible instrumentación de la cuestión por la oposición política; bien al contrario, la oposición mayoritaria se resistió inicialmente a hacer suyas las propuestas que comportaban trasladar a la agenda política la recuperación de la memoria de los vencidos de la guerra civil. Se trataba más bien de que «la voluntad de hablar» de los testimonios, la nueva información disponible, encontraron en la «opinión pública» un terreno mejor abonado para la escucha, como resultado de la inquietud generada por las políticas desarrolladas desde que el Partido Popular obtuvo la mayoría absoluta, un partido que, en franjas de la sociedad española, es percibido como heredero del franquismo y, por tanto, de los vencedores que tanto hicieron sufrir a los que todavía no habían obtenido reconocimiento por su compromiso con la democracia.

En definitiva y en cualquier caso, en los últimos meses se ha avanzado significativamente en la recuperación de la memoria de los vencidos. Distintas iniciativas como las de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica, de la Asociación Catalana de Presos Políticos, o la de Dones del 36, exposiciones tan diversas como la del *Canal de los presos 1940-1962* o la de *Exilio* están mostrando la vitalidad del remanente de memoria acallado durante décadas. A estas alturas nadie puede negar que, durante el franquismo, los silencios de los vencidos no eran olvido. Eran muchas cosas al mismo tiempo: un estado de bloqueo como consecuencia de una experiencia difícil de narrar, una medida de prudencia extrema y de protección respecto a los seres queridos, en particular hacia los hijos, y era sobre todo –no lo olvidemos– el resultado de la política de los vencedores, que no permitían la plasmación de la más mínima disidencia si no se quería poner en riesgo la propia existencia. En cualquier caso no era olvido.

Muchos de los silenciados consideran que, por fin, se está empezando a hacer justicia. Sin embargo, desde la perspectiva del historiador, la situación actual no permite echar las campanas al vuelo porque ¿qué se está recordando en los últimos meses? El congreso sobre Los Campos de Concentración y el Mundo Penitenciario Durante la Guerra Civil y el Franquismo, celebrado en Barcelona el pasado mes de octubre, puso de relieve que la atención de los medios de comunicación sólo se centra en los aspectos más llamativos del coste humano de la guerra civil y la represión franquista. Esto en sí ya es importante, porque, durante décadas, se conmemoró y recordó a las víctimas de la violencia de la zona republicana –la Iglesia todavía lo hace ahora en relación a las víctimas de la violencia anticlerical–, mientras que todavía hoy, sesenta años después, muchas familias no han podido enterrar a los suyos. Es necesario que las generaciones actuales conozcan a través de la memoria de las víctimas hasta dónde llegó el furor de los insurrectos para conseguir sus objetivos. Es necesario, pero no suficiente. En primer lugar, la memoria del franquismo es mucho más amplia que la de la represión franquista. En segundo lugar Memoria no es Historia. La memoria es una parte de la historia, pero no la totalidad. Por ejemplo, en el caso de la política represiva, la memoria se sustenta sobre el coste humano que tuvo; la historia, además, debe reconstruir su racionalidad.

Las cifras disponibles nos hablan de la magnitud de la tragedia humana. Si como consecuencia de la represión franquista murieron 150.000 personas, aproximadamente, si por los campos de concentración pasaron alrededor de 400.000 hombres, si –según cifras oficiales– en 1940 había unos 270.000 reclusos en las cárceles, podemos concluir que el régimen franquista desarrolló

una sistemática acción represiva para destruir el «enemigo». Ahora bien, ¿era irracional aquella política de exterminio? No, porque el hilo conductor de esa política no era tan sólo la venganza, sino que era también la profilaxis.

El objetivo de los insurrectos de julio de 1936 era interrumpir el proceso de cambios políticos y culturales que se habían consolidado en los años treinta como resultado de los cambios sociales producidos en el primer tercio del siglo. Uno de los nexos comunes a los diversos actores políticos e institucionales franquistas era justamente la negación de la democracia y sus consecuencias; todos ellos consideraban imprescindible acabar con la democracia que, además de incontrolable, era opuesta a su ideario e intereses. Contrariamente, como reflejaba la Ley de Rebelión Militar de 1943 –que convierte en rebelión militar hasta una huelga o manifestación– uno de los ejes conductores de la actuación franquista será asegurar que «en lo sucesivo nadie ose desviarse de una rígida disciplina social».

Para conseguir sus objetivos antidemocráticos estuvieron dispuestos a utilizar el bisturí, porque se trataba de evitar que el «enemigo» renaciera. Ya se ha hecho referencia a una parte del coste humano de la represión, la más brutal. Además de los que se vieron obligados –u optaron– por abandonar el país, muchos otros miles de personas fueron depuradas y perdieron el trabajo, miles fueron procesadas por los Tribunales de Responsabilidades Políticas, y muchas más fueron las que se vieron recluidas en un exilio interior, abocadas al silencio y aislamiento como única defensa. Seguramente no es necesario abundar más en la función social de la represión, sin la cual, sin embargo, no se entiende la duración de la dictadura, al menos en parte. En la nueva España la represión –acompañada frecuentemente de humillación de los vencidos y sus familias– fue de tal magnitud que paralizó a la inmensa mayoría de la población.

En estos meses se está rememorando el nombre y las características de las víctimas de la operación quirúrgica, de gentes cuyo único delito era tener ideas, o simpatías, distintas a la de los insurrectos. Era una deuda que las generaciones posteriores tenían y tienen para con aquellos que sufrieron por defender sus ideas y la II República. Pero no podemos olvidar que el proyecto del Nuevo Estado era de futuro, no de pasado, aunque el pasado se convirtiera en referencia de utópicos proyectos imperiales. Extirpar era necesario para construir sin estorbos, de manera que para reconstruir la memoria del franquismo en general, y la racionalidad de la represión franquista en particular, es necesario tener presente qué tipo de sociedad propugnaba el régimen franquista y los sectores sociales que lo apoyaron. Una de las posibles formas de hacerlo es recuperar, entre otros, los contenidos de asignaturas como la historia, los libros de formación política, de formación social, los libros de lectura... y observar los ejes de la socialización impulsada por el régimen franquista.

El Nuevo Estado antiliberal tenía como objetivo fundamental controlar los sectores sociales y políticos que cuestionaban la sociedad de «orden»; las propuestas concretas para conseguirlo podían variar, y bastante, entre los sectores más conservadores y aquellos otros que consideraban imprescindible integrar las «masas» en la «comunidad nacional». Todos –Ejército e Iglesia incluidos– coincidían, sin embargo, en la exaltación de valores antidemocráticos y el énfasis puesto en los principios de jerarquía y obediencia; mando de unos, obediencia de los demás era uno de los ejes fundamentales de la concepción social de la dictadura franquista.

Es por eso que el régimen franquista dedicó importantes esfuerzos para conseguir que las nuevas generaciones se socializaran en los valores de jerarquía, disciplina y obediencia, todos ellos fundamentales para adquirir actitudes antidemocráticas. Cuando Adolfo Maíllo explica el propósito de su libro *Educación y Revolución* afirma: «Las páginas siguientes han nacido con el designio de com-

batir las ideas de “emancipación del hombre” que el Renacimiento inició y alcanzaron su culminación filosófica en el utopismo cosmopolita de la “Ilustración”, y sus formulaciones de orden político en los credos de la democracia liberal, primero, y del materialismo histórico, después». Dado que la educación *nacional* debía tener por norte convertir a los individuos en miembros de una «comunidad nacional», era lógico que «a esta luz, ya no es el individuo, sino la comunidad de vida y de historia a la que pertenece, el centro primordial de las exigencias y de los derechos. De donde cambia la índole de la relación que une a ambos. Ya los servicios y los derechos no los reclama el individuo del Estado con una deuda siempre pendiente que éste tiene respecto de aquél, sino, por el contrario, los exige el Estado, no por sí, sino en cuanto intérprete de los destinos de la “comunidad nacional”, para que ésta adquiera vigor y densidad histórica» ②.

② Adolfo Maíllo: *Educación y Revolución. Los fundamentos de una educación nacional*, Editora Nacional, Madrid, págs. 7 y 68.

De la misma manera, el catolicísimo ministro de Educación, José Ibáñez Martín, al presentar los objetivos de la que sería nueva ley universitaria, reseñaba los deberes de los distintos sectores universitarios y, al referirse a la juventud, coincidió plenamente con Maíllo pues consideró que el deber fundamental de la juventud era «formarse en los principios del Estado». Decía: «Sería inútil, sin embargo, todo afán de reforma espiritual, si por su parte la juventud desoyese las consignas que enmarcan el ámbito de sus deberes. El más elemental de éstos es de templar el espíritu en la práctica y en la ejecución de las normas que constituyen la base de nuestro Movimiento. Porque frente al Estado es ya imposible la actitud que adoptaba el individuo en el viejo sistema liberal. Las declaraciones de derechos han sido sustituidas por unas inexcusables y categóricas declaraciones de deberes. Si antes todo eran pretensiones formuladas contra el Estado, ahora lo que no sean servicios ofrecidos desinteresadamente a éste, tendrá que ser considerado como traición» ③. El individuo había dejado de ser sujeto, lo cual, por otro lado, era muy funcional, dado que la eliminación de cualquier intermediario entre el individuo y el estado –en especial las organizaciones clasistas– al margen de anular la capacidad de presión sobre las clases dirigentes, era coherente con las propuestas antidemocráticas, porque tenía como consecuencia la acentuación del aislamiento del individuo respecto a la colectividad y el estado.

③ José Ibáñez Martín: «El sentido político de la cultura», *Revista Nacional de Educación*, octubre de 1942, pág. 23.

El objetivo de sometimiento del individuo a la autoridad se envolvía con mucha frecuencia en un manto de «grandeza nacional», pero fijémonos que era reiterado a todos los niveles el principio, según el cual, la educación debía asegurar el hábito de la disciplina y la obediencia. Así, por ejemplo, se insistía a los maestros: «Porque queremos una España fuerte, grande y libre, pretendemos que nuestros alumnos amen y se enorgullezcan de nuestra raza, de nuestro pueblo y de nuestras glorias. Pero, al mismo tiempo, junto a estos sentimientos, y aun antes, es preciso que nuestros niños aprendan a obedecer, a ser duros y a prepararse para la vida social [...]. Pretendemos que su inteligencia y su corazón estén nutridos, aquélla con la Ciencia y éste con la Religión; pero exigimos que sean disciplinados y respeten la Jerarquía» ④.

④ «El maestro nacionalsindicalista» en *Revista Nacional de Educación*, 1941, págs. 101-104.

Lo mismo se transmitía directamente a los niños a través de los libros de lectura, los manuales de historia o los libros de formación política. Si Maíllo escribe con el designio de combatir la «emancipación del hombre», eso mismo hace la Sección Femenina en la *Enciclopedia elemental* cuando se hace recitar a las niñas –todavía en 1959–: «¿qué es el sufragio universal? La ocasión que se da a los hombres para que cada uno pueda manifestar su voluntad mediante una papeleta, que se llama voto, echada en una urna. [...] Y un Estado sujeto a variaciones ¿podría darnos la seguridad de que España sirva a sus destinos históricos, única justificación de su existencia? No, porque no cree ni siquiera en la existencia de España. [...] Entonces ¿cómo será el Estado que cree la Falange? Un Estado totalitario que no somete a discusión las verdades permanentes, sino que cree en ellas y las sirve» ⑤.

⑤ Sección Femenina FET-JONS, *Enciclopedia Elemental*, 5ª edición, Madrid, 1959, págs. 142-144.

Por si los niños no entendían demasiado bien la abstracción de las verdades permanentes, otros axiomas eran mucho más claros. Por ejemplo en *Así quiero ser*, un libro del que se hicieron muchas ediciones, se argumentaba: «Si a los ciudadanos de un Estado se les consiente que cada uno piense en política como quiera y obre según piense, en lugar de un pueblo organizado tendremos un caos social [...]. España es un estado totalitario: un solo Jefe, un solo mando, una sola obediencia. Antes España era un caos, una anarquía. Hoy es un Estado ordenado, disciplinado y ejemplar» ⑥.

Los ideólogos del régimen tenían claro, por otro lado, que el rechazo del concepto de democracia sólo es posible desde la aceptación de la idea de desigualdad entre los individuos. Ese es un fondo común entre falangistas y sectores fascistizados. José Pemartín escribe: «la masa no ha hecho nunca nada, nunca ha servido para nada; todo lo bueno y lo grande que se ha hecho en este mundo y en la Historia se ha realizado por minorías selectas. El Fascismo es, antes que nada, un comienzo, un principio de re-encuadramiento de las masas por las Jerarquías» ⑦.

Ramón Serrano Suñer dejaba al margen la vertiente elitista de Pemartín, pero venía a decir lo mismo cuando afirmaba: «no queremos un Estado sin pueblo; nosotros dirigimos al pueblo, pero queremos llevarle organizado jerárquicamente a su estado nacional; hacerlo partícipe en su destino y en su responsabilidad para que se sienta autor de esta gran tarea pública que tenemos encomendada» ⑧.

A los niños, por su parte, se les obliga a interiorizar la desigualdad entre los seres humanos con lenguaje sencillo. «Los demófilos son los amantes del pueblo. –Los demócratas son los partidarios de que sea el pueblo quien gobierne.– Se puede ser demófilo y no ser demócrata; es decir se puede amar al pueblo y no ser partidario de que estén en sus manos las altas jerarquías del mando de la nación. ¿Por qué? Porque no está preparado para desempeñarlas» ⑨.

Es bien sabido que el discurso organicista está basado en la desigualdad social. A los niños se les explicaba que todos los individuos son dignos y necesarios, todos contribuyen al engrandecimiento de la patria y eso mismo ya les debe servir de orgullo; ahora bien, no todos son iguales ni tienen los mismos derechos en la vida colectiva. La sociedad orgánica implica la jerarquía y la figura del caudillo, porque en cualquier cuerpo siempre hay un cerebro que da las órdenes a sus miembros. El armonicismo, evidentemente, era puramente formal y no se entiende sin el concepto de disciplina social; sin embargo, era el ropaje imprescindible para la aceptación de la desigualdad. Los niños españoles crecieron con la idea simbiótica entre Franco y España; Franco había sido escogido por Dios para salvar España de la revolución y el comunismo y para restaurar la civilización cristiana. Además, era a Franco a quien los españoles debían la paz y el bienestar.

No es necesario abundar más sobre la importancia que el régimen franquista concedió a la socialización en la aceptación de la jerarquía y la disciplina; estos principios, más la habituación a la obediencia, pretendían además anular la capacidad de reflexión y acción personal de los individuos. Porque, además, es necesario tener presente que la creencia en sus «verdades permanentes» llevaba a los impulsores y a los servidores de la dictadura a negar a los individuos la capacidad de pensar y decidir libremente. Los ideólogos del franquismo y su personal político no tan sólo no negaban sino que, al contrario, repetían continuamente que la educación patriótica es contraria a la libertad de conciencia. Pedro Sainz Rodríguez recomendaba a la jerarquía eclesiástica que no hablara de «libertad de enseñanza» sino de «no monopolio» estatal de la enseñanza ⑩, y en el editorial del primer número de la *Revista Nacional de Educación* se concluía «en la España Una, ha de imponerse un orden nuevo, unificado y armónico, en que sólo resplandezca un único pensamiento y una misma voluntad. Renacionalizada la vida docente, limpiada la broza moral y material, la nueva juventud ha de educarse sólo para Dios y para la Patria.» ⑪.

⑥ H.S.R.: *Así quiero ser. El niño del Nuevo Estado*, H.S.R. Burgos, 1940, págs. 24-25.

⑦ José Pemartín: *¿Qué es lo nuevo? Consideraciones sobre el momento español presente*, Espasa-Calpe, Madrid, 1940, 3ª edición, pág. 161.

⑧ Discurso en Sevilla, 12 de abril de 1940. Reproducido en Ángel Alcázar Develasco: *Serrano Suñer en la Falange*, Ediciones Patria, Barcelona, 1941, págs. 102-103.

⑨ H.S.R.: *Así quiero ser. El niño del Nuevo Estado*, H.S.R. Burgos, 1940, págs. 26-27.

⑩ Pedro Sainz Rodríguez: «La escuela y el Nuevo Estado», H.S.R. Burgos, 1938.

⑪ Editorial, *Revista Nacional de Educación*, I, nº 1, 1941.

En definitiva, la memoria del franquismo debe ir más allá de la memoria de la represión franquista y del coste humano que tuvo en términos de vidas y sufrimiento. La represión franquista respondía a un tipo de racionalidad política que se extendió en algunas «modernas y civilizadas» sociedades europeas durante unas décadas del siglo xx. A los individuos se les negaba la capacidad de decidir y, por lo tanto, de disentir; la gran novedad fue hasta dónde estuvieron dispuestos los regímenes totalitarios para conseguir sus objetivos. En el caso del régimen franquista, la represión fue de una magnitud incomparablemente más elevada que la ejercida por otros regímenes fascistas en tiempos de paz.

Pero es evidente que la imposición de las estructuras antidemocráticas necesitan de la represión para vencer y de la persuasión para convencer. El bloque de poder franquista tenía en común una concepción profundamente elitista de la sociedad que les llevaba a reafirmar el derecho de las minorías a dirigir y conformar la sociedad. Así, el régimen franquista se esforzó para que el principio jerárquico inspirara toda la organización social, lo que conllevaba la exigencia de unas relaciones sociales atravesadas por los valores de la disciplina, el orden y la obediencia. Para conseguir ese objetivo se ejerció una presión continuada desde todas las instancias de la vida pública y se utilizaron todos los instrumentos del Estado: la educación, el control de los medios de comunicación, y se contó con la ayuda de instituciones como la Iglesia.

Posiblemente el discurso del régimen no consiguió que la mayoría de la población cumpliera con los principios ideológicos que sustentaba, sobre todo aquellos más idealistas y políticos, pero sí que inculcó una visión de la sociedad profundamente autoritaria y, por ende, antidemocrática que se reflejaba en las actitudes de los individuos. Contrarrestar esa presión no fue fácil; además del miedo paralizante, durante mucho tiempo no existían apenas espacios que ejercieran de contrapeso al discurso dominante, ante el cual el escepticismo podía ser mayor o menor, pero era difícil articular alternativas.

La dictadura dejó una pesada herencia. Todavía en los años setenta el modelo de sociedad jerarquizada, pasiva y la desconfianza respecto al compromiso político democrático estaban profundamente interiorizados en la mayor parte de la población. Dada la extensión de este texto no es posible analizar aquí la continuidad de la política franquista en los años sesenta y setenta. Baste con afirmar que los cambios acaecidos entonces se produjeron mayoritariamente *a pesar* del régimen franquista, el cual si entró en la vía de la liberalización económica fue como medida desesperada de supervivencia política. La dictadura intentó que el «desarrollo» económico no fuera acompañado de cambios políticos y culturales, y utilizó todos los medios a su alcance para conseguirlo. En ese contexto, el compromiso creciente de miles de personas exigiendo la democracia, con los costes que tenía o podía tener esa reivindicación, adquiere una significación no explicable por el solo cambio socioeconómico de los años sesenta y setenta. En buena medida, fue el compromiso con la libertad de miles de personas el que agudizó las contradicciones cotidianas entre el país «moderno» y una dictadura que, hasta el último momento, intentó encorsetar a la sociedad civil.

El régimen franquista no fue consecuencia de la guerra civil, sino que fue resultado del éxito de una opción que, al encontrarse con el rechazo de una parte de la población, desencadenó la guerra civil que, a su vez, condicionó la vida española durante décadas. Por todo ello, además de recordar a las víctimas de la represión, es imprescindible dedicar atención a los objetivos y a las características del régimen que rigió España durante casi cuarenta años. Se evitará así que se extiendan o se mantengan explicaciones interesadas del pasado, poco ajustadas a la realidad histórica. Se contribuirá también a profundizar en la dimensión moral y pedagógica de la memoria colectiva.

Eduardo Arroyo:

*Algunas consideraciones sobre la reconciliación nacional en el Valle de los Caídos (1970)*



Eduardo Arroyo:  
*Naturaleza muerta. Burgos,*  
*1970. La mesa del coronel*  
*Ordovás, presidente del tribunal*  
*militar (1971)*

